



al vez has oído hablar de Vicente de Paúl.
 uno de los santos más conocidos en el mundo.
 fue un pastorcito de la región de las Landas,
 al sur de Francia. Siendo sacerdote, descubrió algo
 que lo conmovió muchísimo: los pobres.
 entregó por completo al cuidado de los niños
 abandonados, de los campesinos analfabetos,
 los enfermos, de los que sufren en prisión...
 ¿Quieres saber por qué?
 ¡Abre rápido este libro...!

Monte Carmelo
 19 • Padre Silverio, 2
 47-25 60 61 • Fax 34-947-25 60 62
 URGOS • (España)
 itorial@montecarmelo.com
 .montecarmelo.com

ISBN 10 : 84-7239-500-6
 ISBN 13 : 978-847239-500-8



9 788472 395008

SAN VICENTE DE PAÚL

Por los Caminos del Evangelio



EDITORIAL MONTE CARMELO

San Vicente de Paúl

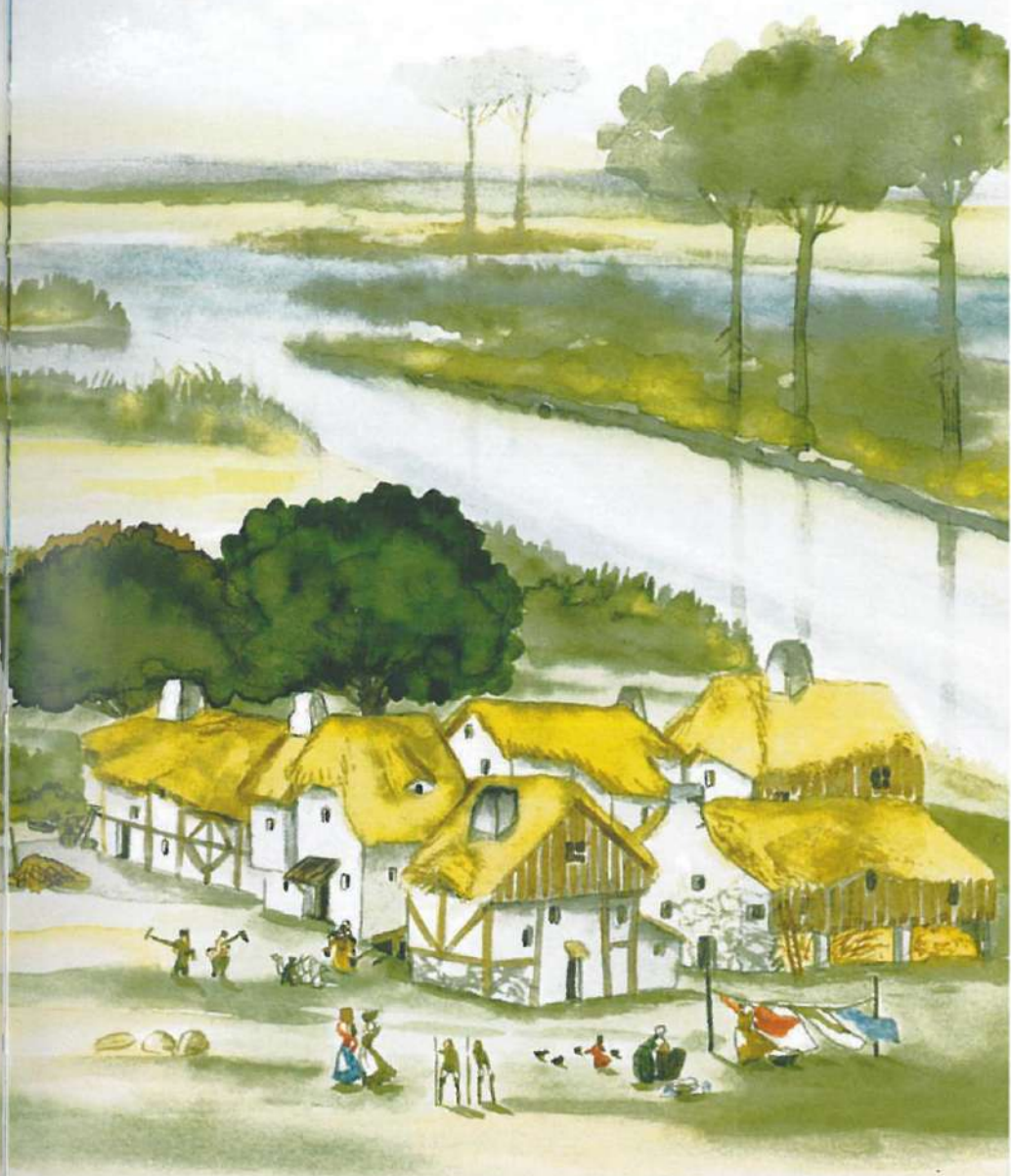


Por los Caminos del Evangelio

En la época del rey Enrique IV, en el país de las Landas, no muy lejos de los Pirineos, el pueblo de Puy se sitúa en la ribera de un río, el Adour.



Al ritmo de las estaciones del año, allí transcurre una vida sencilla, ruda y trabajadora, de campesinos. Unos trabajan en la hacienda, otros van a los campos, mientras que otros se ocupan de los animales.



El 24 de abril de 1581, los rostros de los aldeanos resplandecen sonrientes al escuchar el llanto de un niño recién nacido. La familia De Paul está de fiesta. Beltrana y Juan acaban de tener un tercer hijo, un niño, Vicentito ...

– ¡Qué hermoso y fuerte es!

– ¿Cuándo lo bautizan?



Juan, Bernardo, Vicente, Domingo, María, Claudina ... son la farándula de los seis hijos de De Paul. Vicente es el tercero. Crece feliz en esta familia de una fe sólida como un roble.



A muy temprana edad, Vicente participa también en los trabajos de la hacienda. Aprende a sembrar el grano y a sacudir el heno. Mamá Beltrana aprovecha toda ocasión para enseñar a sus hijos a conocer a Jesús. Vicente descubre de esta manera la presencia de Dios, quien ha creado el cielo y la tierra, y que, con el sol y la lluvia, hace crecer las plantas.



– Mamá, mira, he recogido algunos caracoles en el rocío y vamos a organizar una carrera de caracoles en el patio. ¿Me permites coger algunas hojas de lechuga?

– ¡Sí, Vicente! Y cuida bien a estos animalitos que llevan su hogar en la espalda.



Mucho antes del amanecer, Vicente saca las ovejas y los cerdos. Con sus zancos y una alforja en el hombro, lleva a sus bestias a veces muy lejos para encontrarles buen pasto, en este país de lagunas y pantanos.



Por el camino y cuidando el rebaño, le encanta pescar en el río, escuchar el viento entre los pinos y los pantanos, también recoger algunas cañas que silban como una flauta entre sus dedos. Con impaciencia espera el descanso del mediodía donde volverá a ver a sus amigos para saltar a la cuerda, jugar al salto o colocar trampas en los zarzales.



A las horas de las comidas, es costumbre juntarse con los vecinos alrededor de la marmita de mijo, de la cual todos participan. Con las pocas palabras que se intercambian, hablan de las malditas guerras de religión que tantas calamidades y masacres provocan en la región.

¿Cuándo terminarán estas violencias?



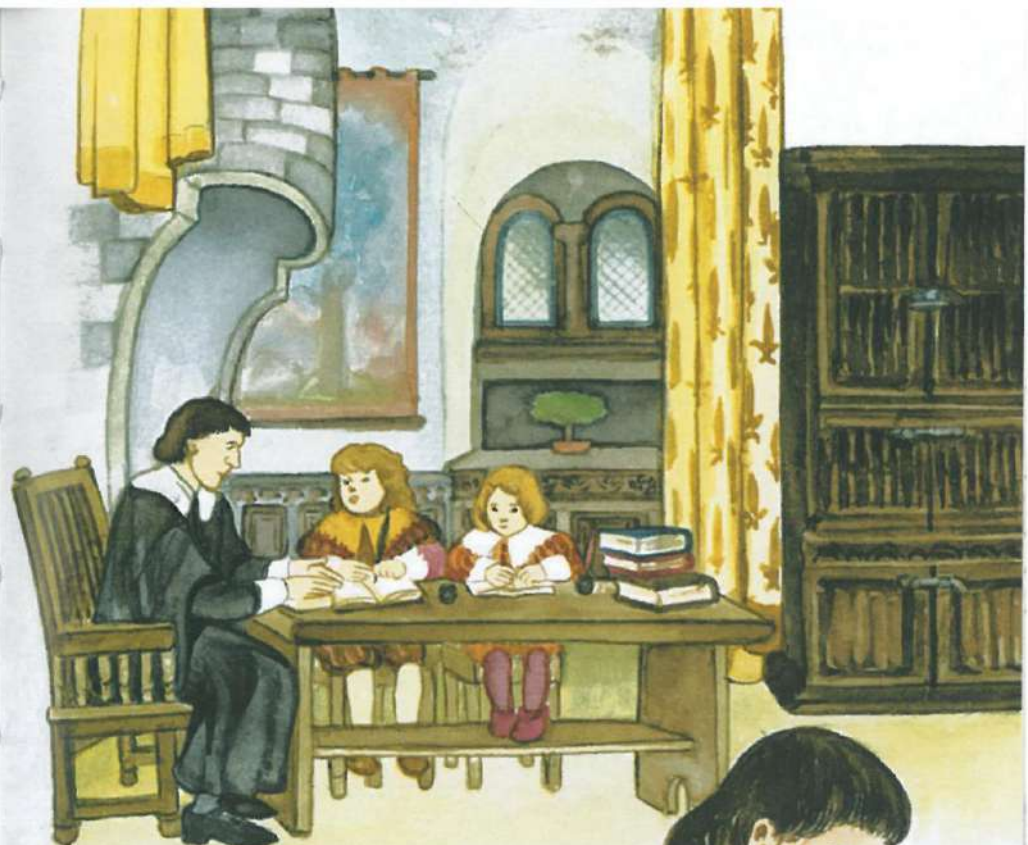
Al atardecer, les gusta reunirse, alrededor de una fogata, para contar historias, recordar la vida de Jesús y orar: "¡Gracias, Señor, por este día!"



Juan y Beltrana se dan cuenta de la inteligencia de su tercer hijo y conversan sobre su futuro:

- Beltrana, este niño tiene un espíritu vivo y abierto. ¿Qué te parece si lo enviamos a estudiar a la ciudad? Podría llegar a ser sacerdote como el tío Esteban.
- Juan, será doloroso dejar a Vicente alejarse de la casa.
- Como los estudios son largos y costosos, estoy dispuesto a vender nuestro par de bueyes. El Señor nos lo devolverá...

Ya está decidido, Vicente será un hombre de Iglesia, y con el dinero que gane podrá ayudar a su familia. Así, a los 15 años, deja sus rebaños y el hermoso país de su infancia y va a la ciudad.

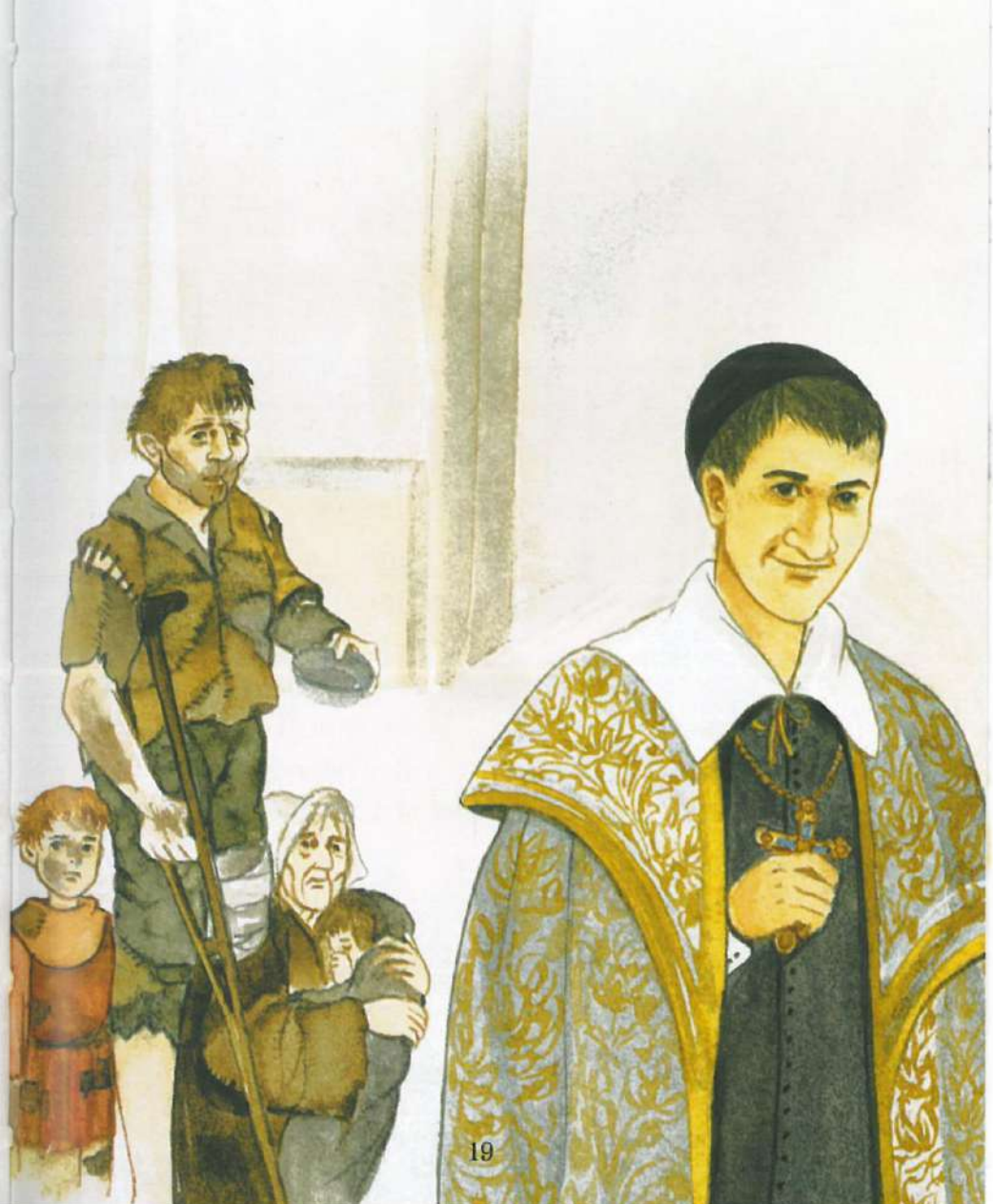


Vicente ingresa en el colegio de los Franciscanos, en Dax. Es un muchacho muy inteligente, progresa rápidamente y logra encontrar pronto un trabajo para pagar sus estudios. A pesar de su corta edad, un abogado lo toma como profesor para sus niños.

Vicente tiene un carácter ardiente, casi colérico y un poco orgulloso. El éxito se le sube a la cabeza. Se acordará durante toda su vida de aquel día en el que tuvo vergüenza de ver a su padre mal vestido y cojo, en una visita que le hizo.



Dax... Toulouse... Impaciente, aún no tenía los 20 años cuando, en 1600, fue ordenado sacerdote. Y se dice a sí mismo: ¡El éxito es mío!





Vicente va de un lado para otro buscando una oportunidad que le haga célebre y le permita conocer gente importante.

Son años oscuros, llenos de aventuras.

Parte para Roma en peregrinación. En Toulouse recibió la herencia de una anciana mujer, luego le roban y persigue al ladrón hasta Marsella, logrando meterlo en prisión...

Se cuenta también que, cuando fue capturado por unos piratas y llevado a Túnez, al otro lado del Mediterráneo, se puso al servicio de un médico cuyas prácticas estaban consideradas extrañas y secretas, y luego al servicio de un renegado, antes de escaparse y regresar a Francia en una frágil embarcación.

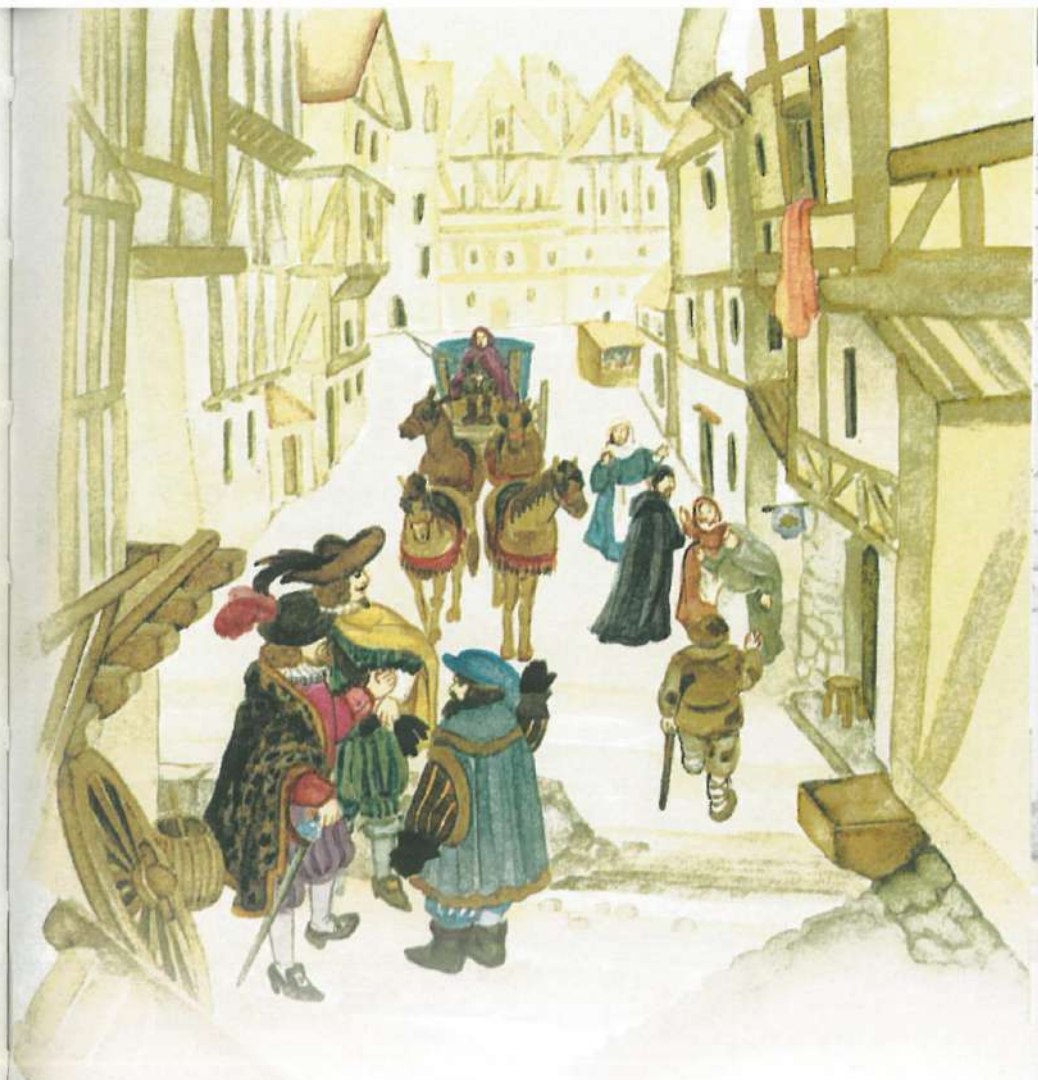
De regreso en París, Vicente se convierte en el limosnero de la reina Margarita de Valois, una rica dama de la Corona. Se le ve en la calle repartiendo a los pobres:

– Tengan, estas monedas en el nombre de la reina.

Se le ve en los hospitales dando a los enfermos:

– Tengan, estas frutas en nombre de la reina.

Vicente no sabe aún que pocos años después hará todo esto en nombre del amor de Jesús.



Sin embargo, un día en París corre un pérfido rumor:

– ¡Sabe usted, este señor Vicente de Paúl, tan generoso, es un ladrón!

– ¡No es posible!

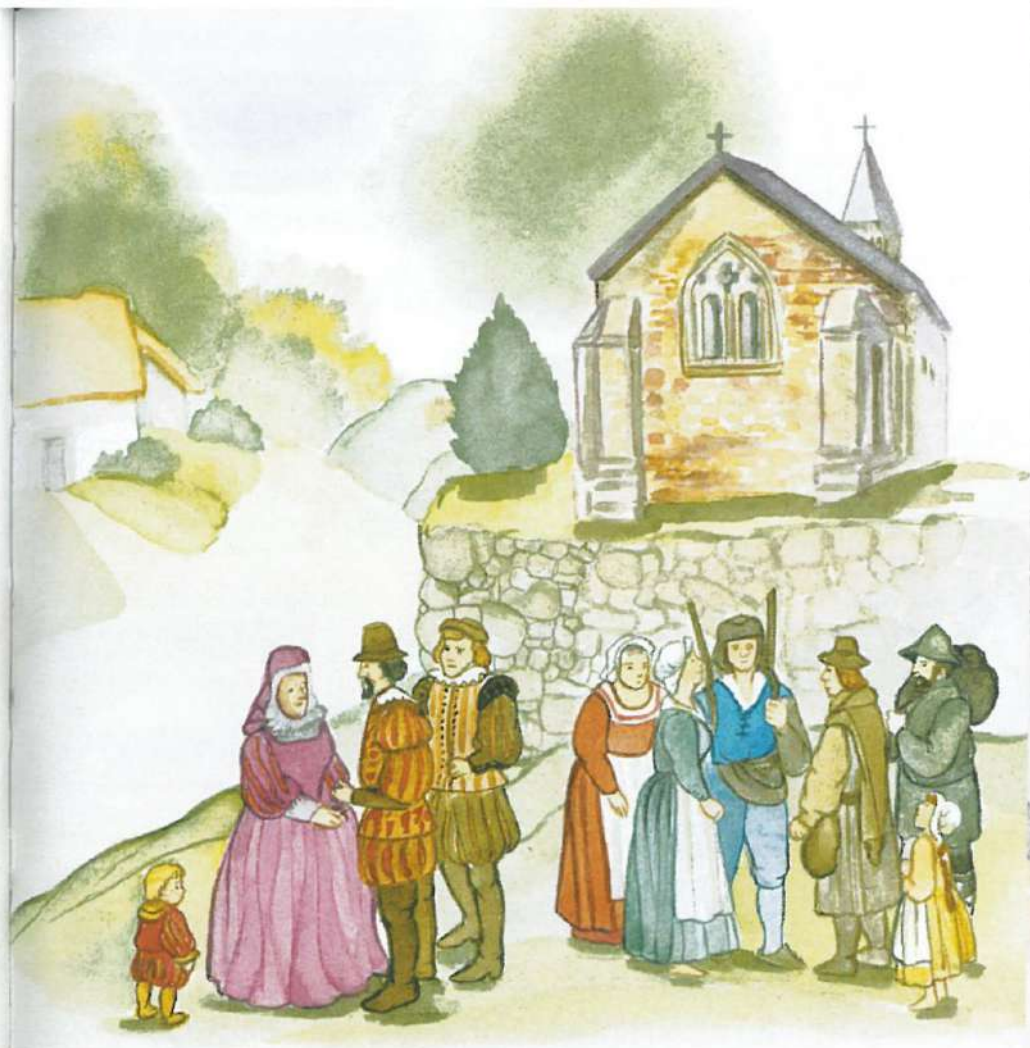
– ¡Sí, sí, le ha robado dinero a un amigo que vive con él!

– ¡No lo puedo creer!

Vicente no puede probar su inocencia. Tiene vergüenza de verse acusado tan falsamente y, sin decir nada, sufre entristecido durante varios meses. Felizmente, el verdadero culpable fue detenido.

Vicente comienza a sentirse cansado de ir tras las riquezas y los grandes de este mundo. Reflexiona: “¿Para qué sirve agitarse? ¿Por qué todo me parece tan vacío, tan oscuro, tan frío? ¿Señor, qué quieres que haga?”

Vicente acepta convertirse en párroco de la pobre iglesia de Clichy. Y por primera vez, doce años después de su ordenación, Vicente ejerce verdaderamente su ministerio de sacerdote y ya no busca los honores. ¡Por primera vez se siente feliz!



Un año más tarde, la pequeña parroquia de Clichy está desconcertada: su párroco acaba de marcharse. Con él todo iba bien...

- ¡Nunca hemos tenido un párroco como él!
- Él restauró la iglesia...
- ¡Gracias a él he aprendido a orar!



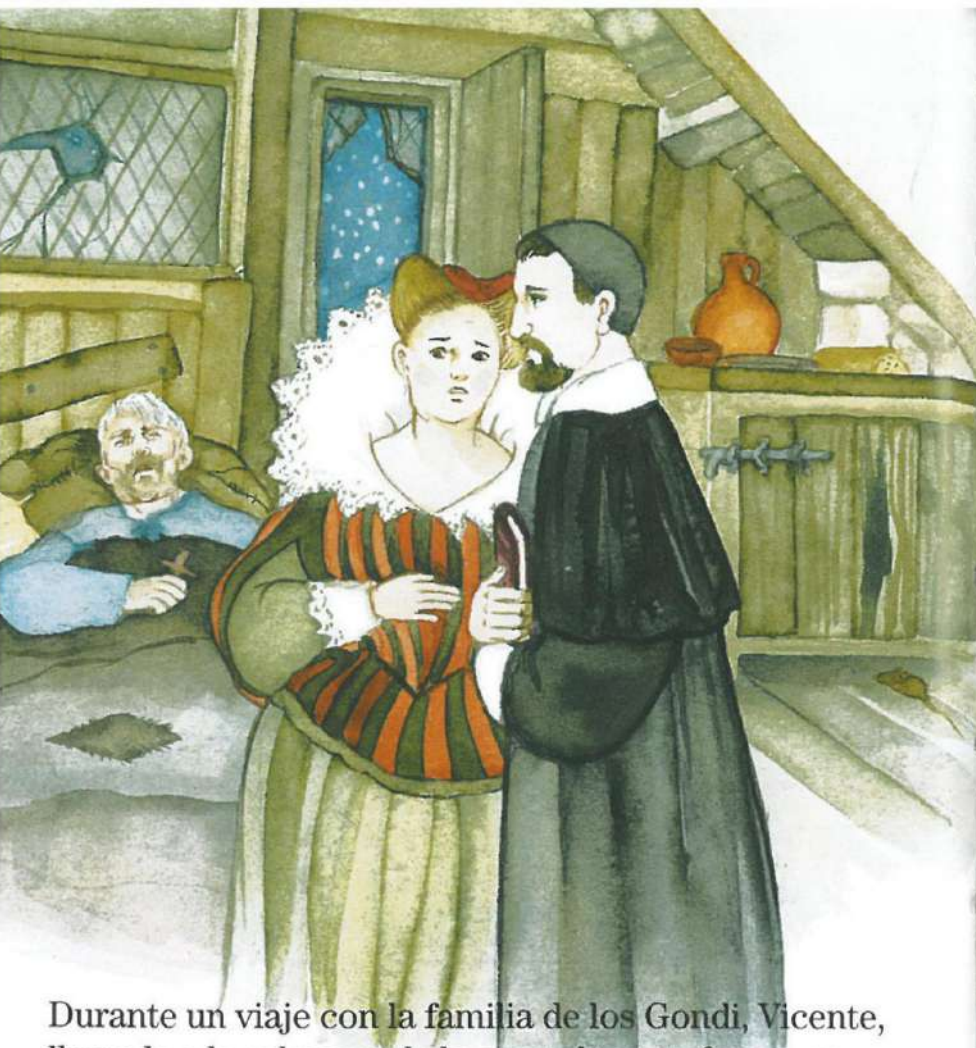
¿Por qué el señor Vicente se ha marchado, cuando había dicho al obispo de París, que vino a visitarlo: “Tengo un pueblo tan bueno que pienso que ni el Santo Padre, ni usted, Monseñor, son tan felices como yo”? El señor de Bérulle, su consejero, lo propuso como preceptor en una de las familias más poderosas del reino, la familia del conde Felipe Manuel de Gondi, General de las Galeras del Rey. En fin, Vicente piensa haber alcanzado la oportunidad que tanto había soñado.

En Montmirail, en Folleville, en Joigny... comparte la vida del castillo, brillante y fastuosa. Enseña el catecismo a los dos hijos mayores.



Se convierte en el confidente de la señora de Gondi, en el consejero escuchado del conde, hasta convencerlo de no batirse en duelo. Logra integrarse tan bien en esta noble familia que llega a ser alguien muy importante.





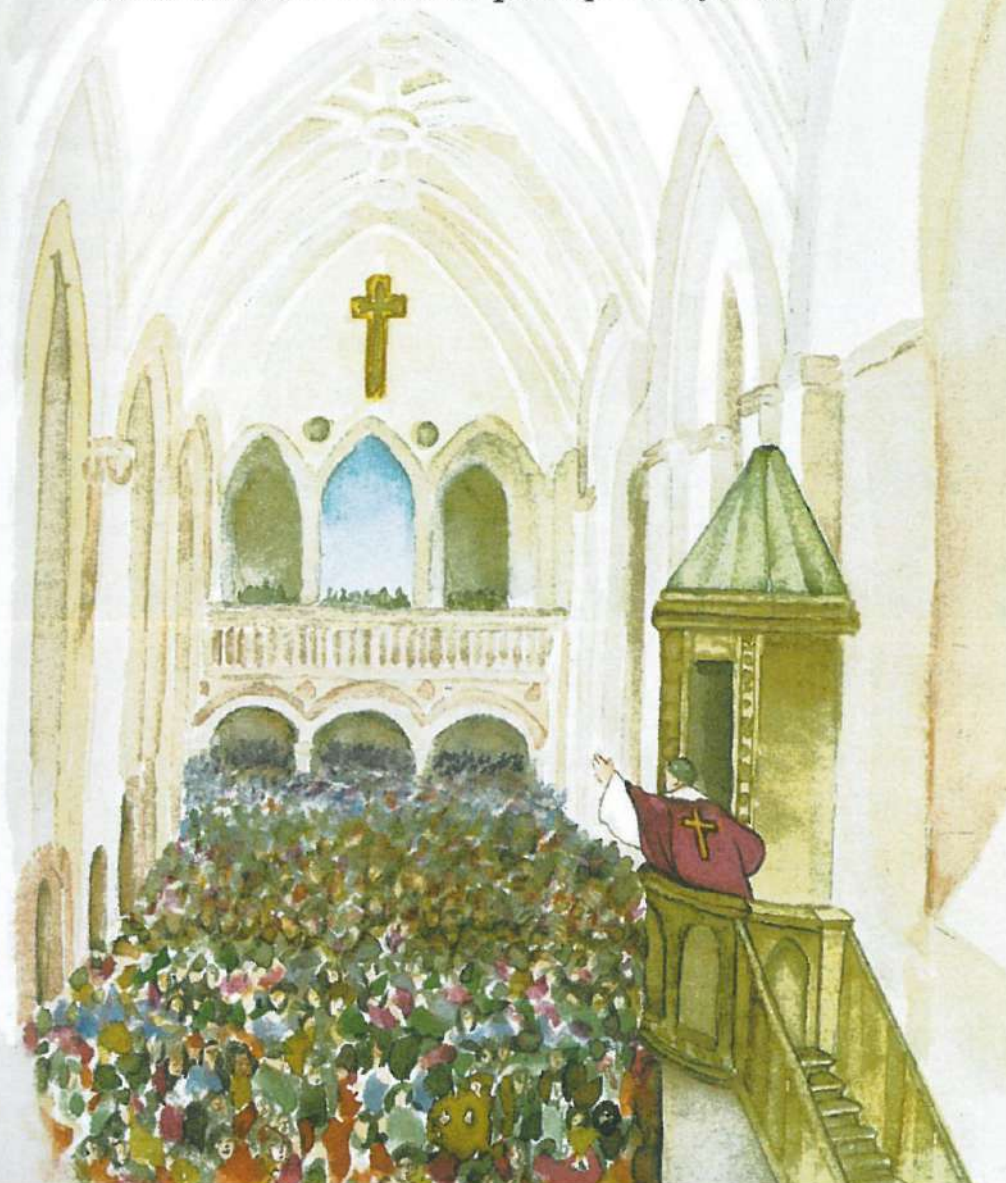
Durante un viaje con la familia de los Gondi, Vicente, llamado a la cabecera de la cama de un enfermo, se ve sorprendido por la ignorancia religiosa de este campesino que grita antes de morir:

– Gracias. Sin esta confesión me estaba reservado el infierno.

Conmovida por este pobre hombre, la señora de Gondi le dice a Vicente:

– Señor Vicente, ¡cuántas almas se pierden! ¿Existe algún remedio? ¿Qué se puede hacer para enseñarles a estas gentes, aisladas en los campos, a conocer y amar mejor a Jesús?

Y nace la idea. Visitar las tierras, predicar en las iglesias, llamar a los campesinos a que se arrepientan y se confiesen... Su primer sermón misionero, el 25 de enero de 1617, en la iglesia de Folleville, fue todo un éxito. Su palabra sencilla y ardiente tocó los corazones. Fueron tantos los campesinos que vinieron a pedirle el perdón del Señor que Vicente tuvo que llamar a otros sacerdotes para que le ayudasen.



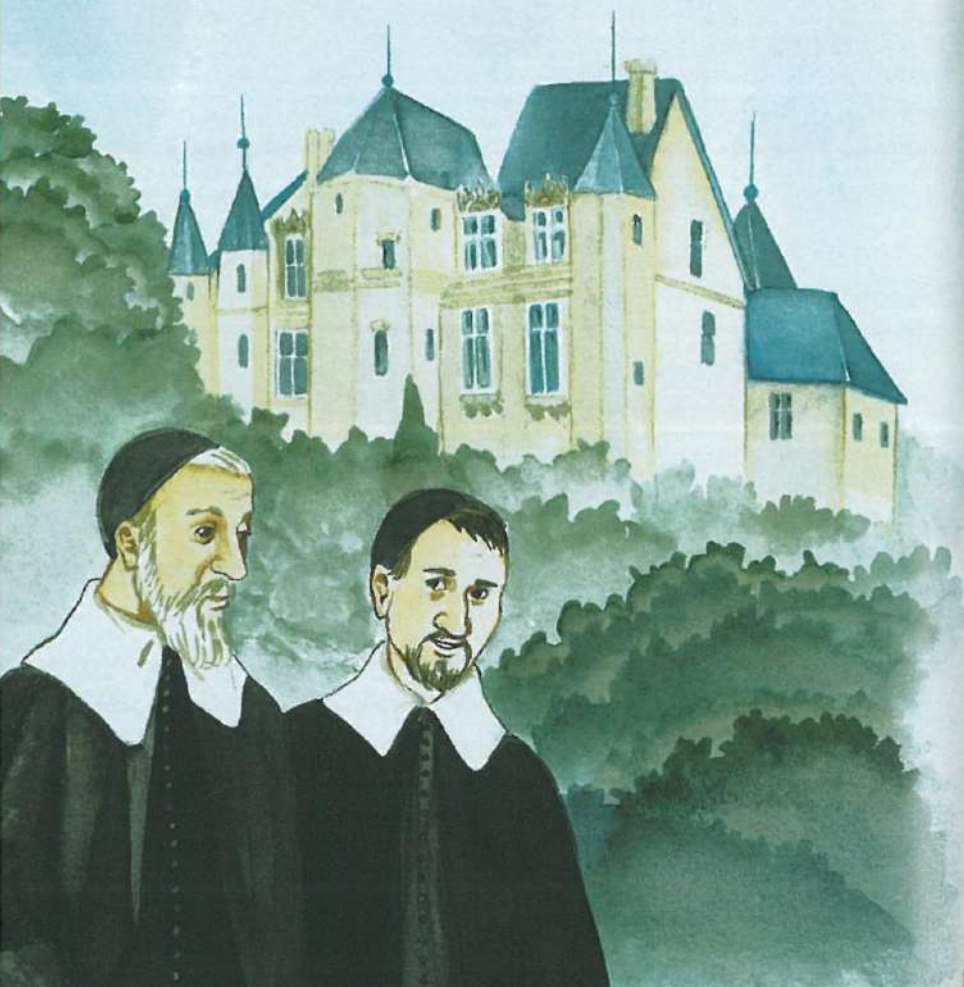
Así se pone en movimiento... De pueblo en pueblo el señor Vicente predica, escucha, aconseja, confiesa. De ello le nace la idea de reunir y formar a los sacerdotes, que darían su vida por estas pobres gentes de los campos. Es así como nacieron los sacerdotes de la Misión, Padres Paúles, que también son llamados Misioneros.



Algo ha cambiado en el corazón de Vicente. Se siente más feliz hablando de Dios a los criados y a los campesinos de los señores de Gondi que viviendo tranquilamente en la fastuosidad de un castillo. Reflexiona, reza ... Poco a poco comprende que debe comprometerse aún más con los pobres.

– ¡Cómo, señor Vicente! ¿quiere usted dejar este puesto tan prestigioso en la casa de los Gondi?

– Señor de Bérulle, en los campos el pueblo se muere de hambre y sufre porque no conoce a Dios. No podría vivir más en el lujo que se me ofrece. Ya tomé mi decisión: deseo instalarme en una parroquia rural para ocuparme más de cerca de estas pobres gentes.



En el mes de julio de 1617, con el pretexto de hacer un viaje, el señor Vicente parte nuevamente, se va a Châtillon-les-Dombes, donde se convierte en un cura rural. Enseguida, pone manos a la obra: restaura la iglesia, que estaba un poco abandonada, visita a los aldeanos y los anima a hacer más viva su fe.

Un domingo, cuando se preparaba para celebrar la misa, una mujer le dice:

– Señor párroco, en un pequeño caserío de las afueras del pueblo, se encuentra toda una familia enferma, no tienen a nadie para cuidarles.

Vicente habla con emoción a todos los que habían venido a la iglesia sobre este caso. Sus feligreses, conmovidos por las palabras del párroco, fueron todos en auxilio de esta familia en la miseria, con las alforjas y las canastas llenas de víveres.



Aquella misma noche, Vicente reúne a algunas buenas mujeres y les dice:

– Señoras, gracias por todo eso que habéis hecho esta mañana. Es muy generoso por vuestra parte, pero ¿será suficiente para mañana? Tenemos que organizarnos.



– Sí, ¿y si nos turnamos para ir a verlos?

– ¡Muy buena idea! Aquella que esté de servicio preparará la cena y se la llevará al enfermo, lo saludará amablemente, le lavará las manos, colocará la mesita sobre la cama con una servilleta, una escudilla, una cuchara y pan...

– ¡Pero, señor, esto se hace en casa de los señores, no con los campesinos, y menos aún con los pobres!

– Justamente, vosotras lo haréis así por amor a Jesucristo. Los pobres serán vuestros señores, vosotras seréis sus servidoras.



Esta conversación se prolonga hasta muy avanzada la noche:

- ¡Ah, sí... y dispondremos nuestro corazón a hacer el bien!
- Pensad en darles carne a los enfermos, si esto os es posible, agrega Vicente.
- La cortaremos si fuera necesario... y les daremos de beber.
- Cuando les invitéis a comer, tratad de hacerles sonreír contándoles algunas historias alegres.
- Señor, podríamos quedarnos más tiempo con aquellos que estén solos...
- Sobre todo, no os olvidéis de hablarles del amor de nuestro Señor y de llevarlos, como de la mano, hacia Dios.
- ¡Id, hacedlo todo con amor!...

Así nacieron las Damas de la Caridad.

Ahora, Vicente se siente dominado como por un fuego ardiente:

“El amor de Cristo, el amor a los pobres”.

Vive con toda su alma estas palabras de Jesús:

“Lo que haces a los demás, es a Mí a quien lo haces”.

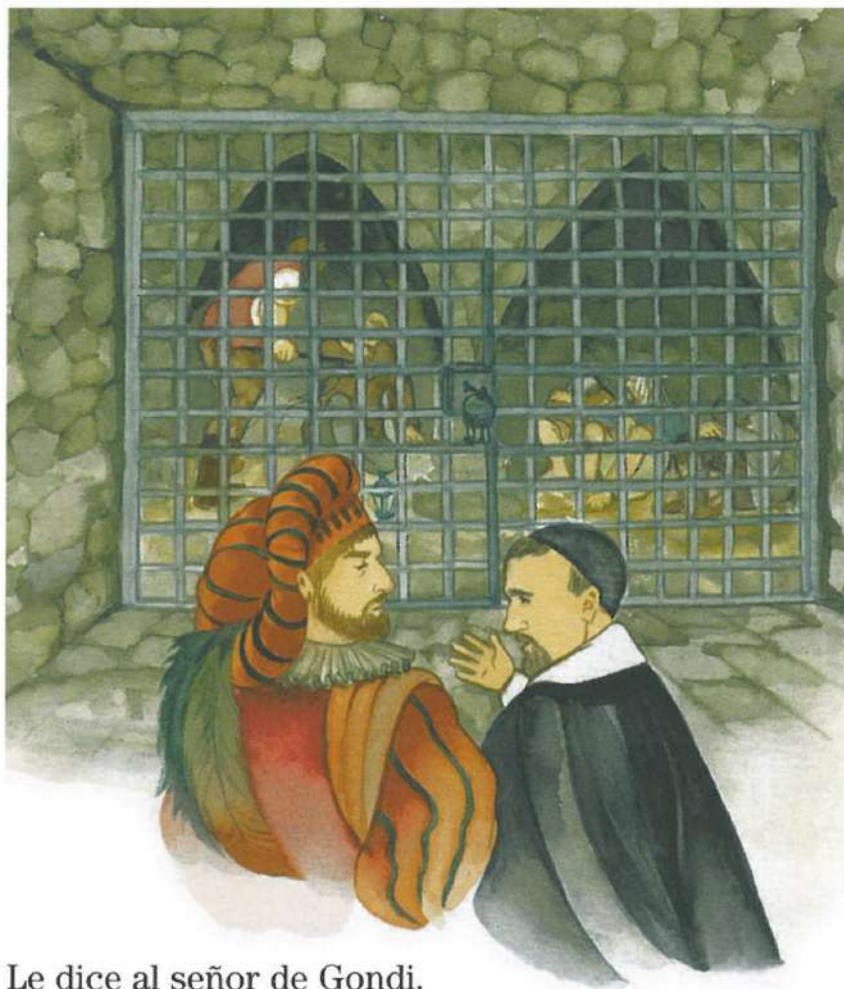


Después de cinco meses en Châtillon, Vicente se ve obligado a volver al encuentro de la familia de los Gondi, que lo reclama con impaciencia. Pero él lo hace con la condición de que pueda ocuparse de los pobres y combatir la miseria. El conde de Gondi, General de las Galeras del Rey, lo lleva con él para que visite a los prisioneros. El rey lo nombra capellán de las Galeras, en 1619.



La situación de los presidiarios y de los galeotes conmueve al señor Vicente. Estos desgraciados condenados sólo conocen el desprecio, las injurias, la violencia, la suciedad, el hambre y la enfermedad. ¡Ellos están entre los más miserables! Él viene, con los sacerdotes de la Misión, a pasar algunos momentos al lado de estas gentes.





Le dice al señor de Gondi.

– Señor Conde, ¡no se puede dejar en estas galeras a estos miserables!

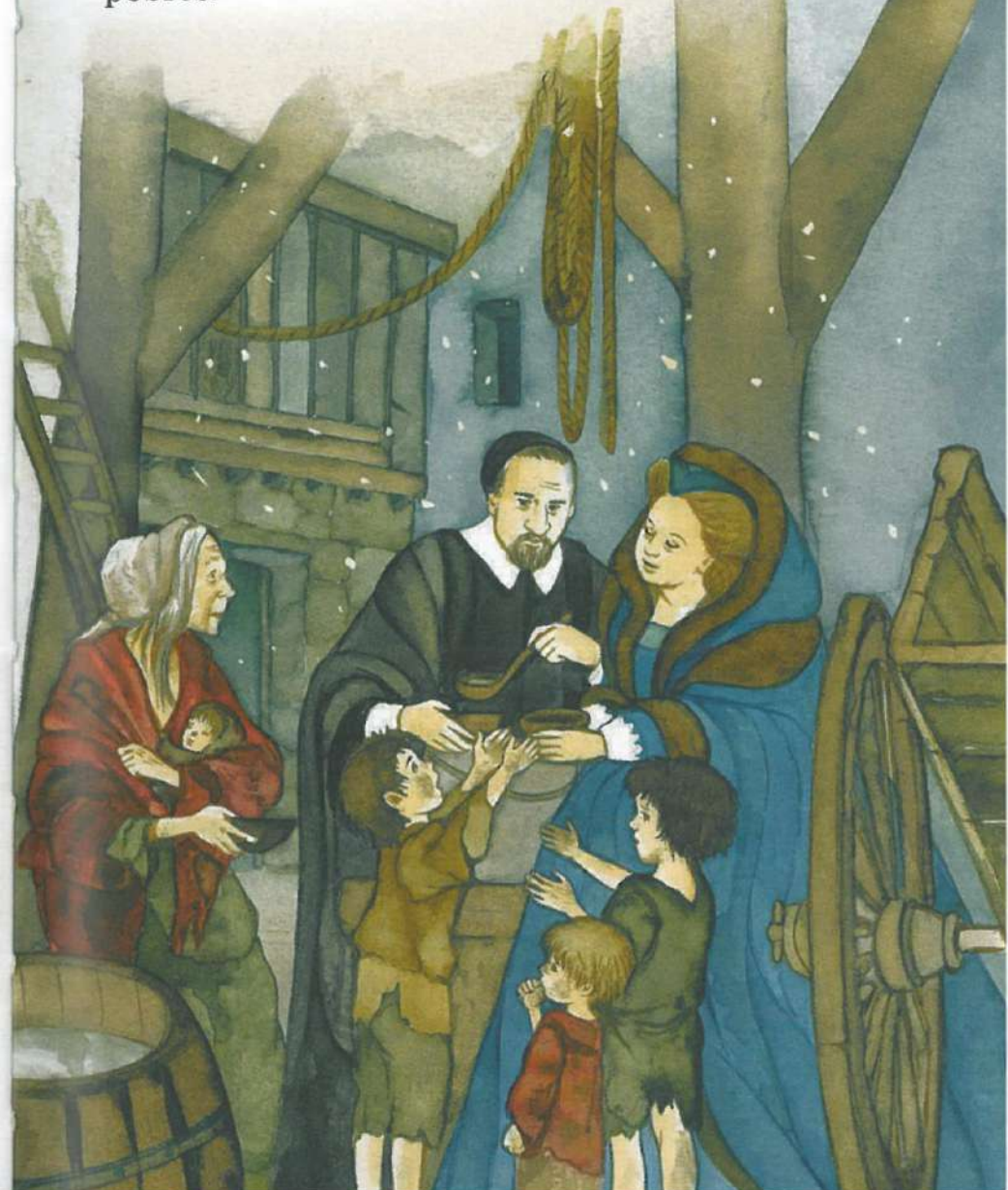
– ¿No lo cree usted? ¡Estos hombres están condenados, señor Vicente!

– Encadenados como están, se les trata peor que a los animales. Habría que darles una mejor alimentación, algunas ropas... Además hace falta un hospital para curarlos.

– ¿Y qué más?

Finalmente, Vicente logra persuadirlo y obtiene satisfacción. Una esperanza nace en lo más profundo de la miseria.

Entusiasmada y conmovida por el ardor de su confesor, la señora de Gondi se convierte en Dama de la Caridad. Así es como el pequeño reglamento de la Cofradía de la Caridad de Châtillon llega a conocerse en París. Muchas mujeres nobles se dejan ganar por la dedicación del señor Vicente al servicio de los pobres.



En 1625, Vicente de Paúl se encuentra en París con Luisa de Marillac, una dama noble, ferviente y generosa. Con ella y gracias a ella hará maravillas. Luisa esta disponible con todo su tiempo para emprender cualquier camino. Viajera infatigable, visita a las Damas, las alienta y las sostiene en sus dificultades.



Pero las cosas no son tan sencillas:

- Señor Vicente, estas grandes Damas de París no están acostumbradas a trabajar. No se les puede pedir que preparen la sopa y que la sirvan ellas mismas; envían a sus sirvientas, quienes lo hacen por obligación y no por amor.
- ¿Y que pasa con los pobres?
- ¡Ah, son maltratados y mal servidos...!
- Eso sí que no está bien, hay que encontrar una solución.



¡Es Dios mismo quien da la solución!

Un día, Margarita Naseau, una campesina, viene al encuentro de Vicente y le manifiesta su deseo de ayudarlo a atender a los más necesitados y el señor Vicente la confía a Luisa de Marillac. No tardarán en venir otras jóvenes para juntarse a ella. Luisa organiza su vida y les enseña a convertirse en verdaderas servidoras de los pobres.

El señor Vicente viene con frecuencia para alentarlas: "Hijas mías, Dios os mira con alegría. Él se complace en ver esta marmita, esta canasta que lleváis como si fuera para Él. Los pobres son vuestros amos y señores. Estad siempre muy atentas a que no les falte nada y en particular decidle cuán dignos son en el corazón de Dios."

Así se juntaron y formaron las primeras Hijas de la Caridad, llamadas también Hermanas de san Vicente de Paúl.





El sufrimiento de los niños conmueve particularmente al señor Vicente. Hacia 1628, en París, en las esquinas de las calles y en las puertas de las iglesias se puede encontrar a unos 300 ó 400 niños abandonados por año. Se les lleva a una casa llamada “Casa Cuna”. Mal cuidados y con frecuencia vendidos a algunos bandidos, sufren mucho y mueren enseguida.

Vicente confía su preocupación a Luisa de Marillac:
 – Estos niños mueren en la miseria. ¡Hay que hacer algo!
 – Señor Vicente, puede usted decírselo a las Damas de la Caridad, se reúnen mañana con la princesa de Condé y la duquesa de Aiguillon.



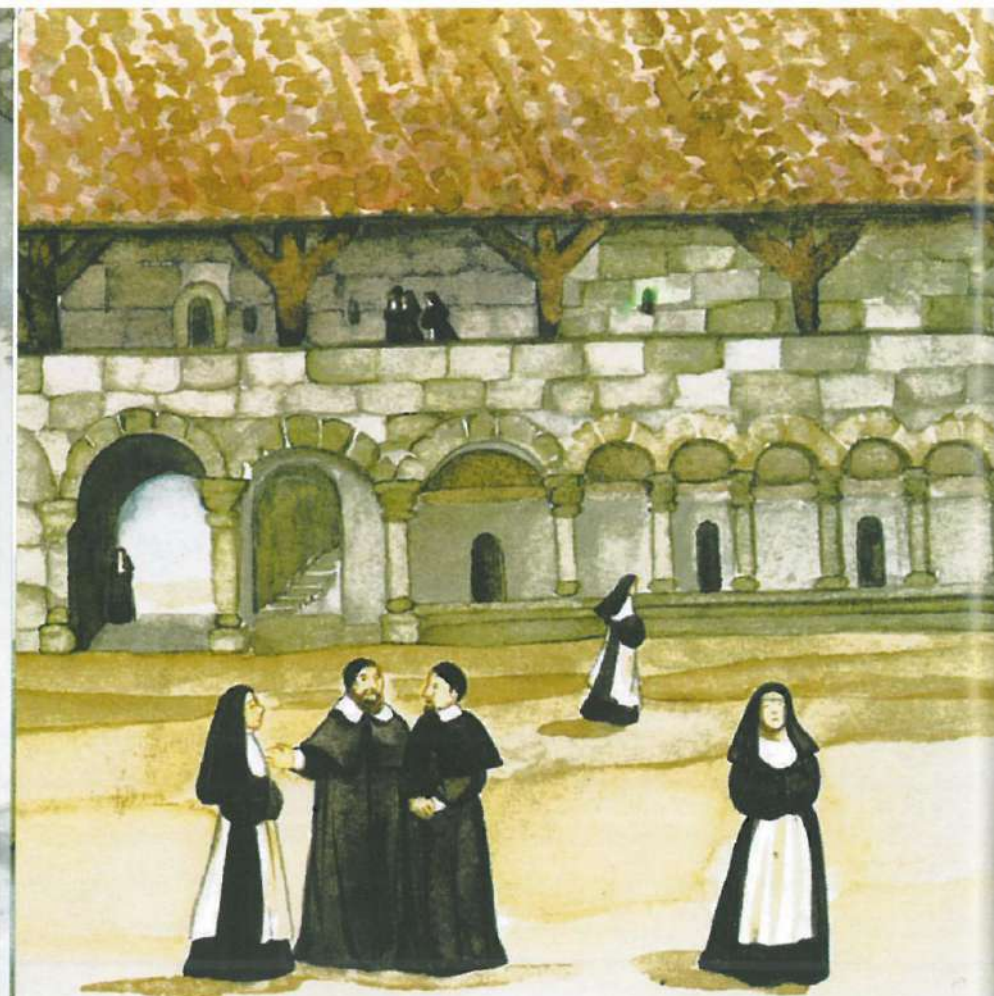
Ayudadas por las Hijas de la Caridad, estas nobles Damas comienzan ocupándose de 12 niños. Serán 1.200, cinco años después. Es necesario reunir los recursos imprescindibles para que puedan vivir, para educarlos...



- Señoras, ¿qué ocurre?, parecen muy preocupadas.
- Señor Vicente, ya no podemos pagar a las nodrizas, nos hace falta más pan...
- ¡Vamos, señoras!, ustedes recibieron a estos niños como a sus propios hijos. El Señor les va a ayudar.

...Y la obra de acoger a los niños abandonados continúa hasta nuestros días.





Su amigo Francisco de Sales le había confiado a las Hermanas de la Visitación y es así como Vicente se ocupa también de Juana de Chantal y de sus hermanas.

A pesar de estar bastante ocupado en París, el señor Vicente encuentra tiempo para recorrer los pueblos de las zonas rurales. Poco a poco constata que los sacerdotes no están muy bien formados para dar respuesta a la ignorancia religiosa de los campesinos. Y piensa: "Todos estos sacerdotes están solos para dar a conocer la Palabra de Dios, celebrar la misa, administrar el perdón. Necesitan consejo y ayuda. Hablaré de esto a algunos obispos". Así, organizan juntos reuniones de formación y seminarios a los que acude con frecuencia Vicente para hablarles y orar con ellos.



Todas estas obras llaman la atención de las familias influyentes. En 1643, cuando murió el rey Luis XIII, la reina Ana de Austria llama a Vicente a la corte para pedirle consejo. Y es así como nuestro campesino de las Landas se encuentra sentado junto a los personajes más importantes del Reino: la reina, el príncipe de Condé, el cardenal Mazarino, algunos obispos...



Vestido con su sotana usada y remendada, el señor Vicente va donde la reina, de la misma manera como va a la casa de los pobres, recibiendo a veces algunas burlas, particularmente de Mazarino, celoso de su influencia:

– ¡Ah, ah, miren qué linda vestimenta lleva el señor Vicente cuando viene a la corte!

Pero el señor Vicente sabe conservar el buen humor y comparte la sonrisa con los que se ríen de él.





El país se encuentra en guerra. En los pueblos, los bandidos roban, matan y queman todo a su paso y los pobladores se ven obligados a huir. Para socorrerles, Vicente y los padres misioneros se enfrentan a muchos peligros. En los campos de batalla, en los hospitales, las Hijas de la Caridad atienden a los enfermos, velan al pie de los moribundos. París recibe cada vez un mayor número de refugiados. Se padece la peste, el hambre y las epidemias. Vicente se siente agobiado por tanta miseria.

Vicente se atreve a pedir a la reina cambios políticos. Y dirigiéndose a Mazarino, dice:

– ¡Monseñor, por todas partes se ve violencia y ruinas, devuelva la paz a Francia!

– ¡Señor Vicente, esta paz no depende de mí!

– Monseñor, si usted lo desea, puede hacer un gesto... dejando el poder... Y que el rey, el delfín, vuelva a París.

– ¡Quien es usted para hablarme de esta manera! ¡Ya es suficiente! ¡Ocúpese de sus pobres!

Para escapar de la cólera del poderoso Mazarino, Vicente tiene que esconderse, pero nada lo detiene.



Con todos aquellos que lo siguen, el señor Vicente inventa muchas maneras de luchar contra la miseria. Los enfermos, campesinos, ancianos, heridos de guerra, inválidos, prisioneros, niños perdidos, enfermos mentales, mendigos, desempleados... todos ocupan un lugar importante en su corazón. A todos quiere darles esperanza y ganas de vivir. A todos quiere decirles qué grande es el amor de Dios...



Las jornadas del señor Vicente están muy ocupadas. Para recibir a los pobres, formar a las Damas, a las Hijas de la Caridad y a los padres de la Misión, y aconsejar a todos aquellos que le dan su confianza, escribe miles de cartas, organiza reuniones, se ocupa de todos sin descanso. ¿De dónde saca tantas fuerzas?



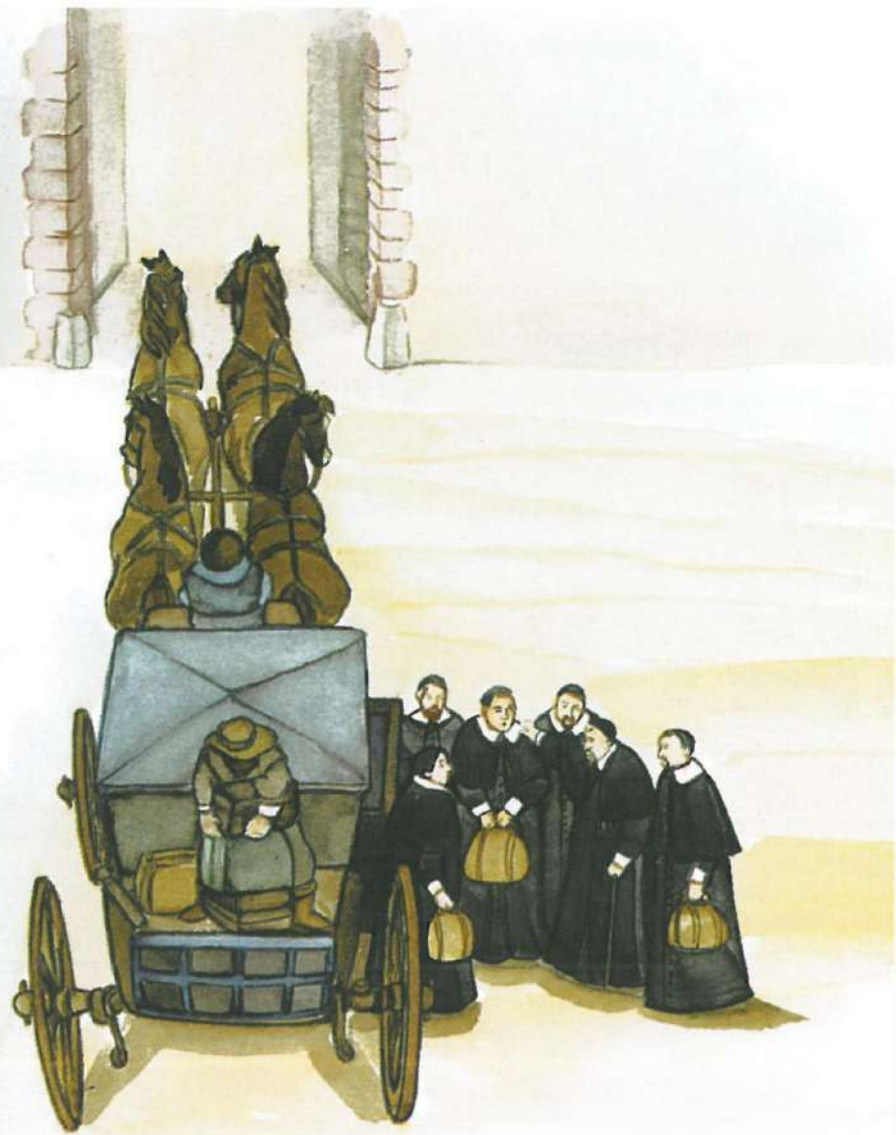
Es la oración. Con ella comienza su jornada muy temprano por la mañana, y lo acompaña hasta la noche. En el secreto de su corazón, Vicente vive con el Señor.

Si ve o escucha algo hermoso, se maravilla y bendice al Señor.

Si decide algo importante, lo piensa ante Dios.

Si no sabe cómo hacer algo, pide a Dios que lo ilumine y se sumerge en la lectura del Evangelio.

Obtiene de Jesús todo el valor para continuar y entregar todas sus fuerzas hasta agotarlas.



Vicente quiere dar a conocer este amor de Dios en todos los rincones de la tierra. Envía a padres de la Misión al extranjero y les dice: “¡Recuerden siempre que ustedes están llamados a llevar por todas partes el amor de Dios, este fuego divino!”... En Italia, Polonia, Madagascar, Irlanda, en las islas Hébridias ...



Sin embargo, Vicente no tiene tan buena salud como se podría pensar. Con frecuencia tiene dolor en las piernas y habla de su “fiebrequita”.



El 27 de septiembre de 1660, casi a los 80 años, se siente agotado, y durante la noche se sienta en una silla cerca del fuego. Besa la cruz y pronuncia por última vez el nombre de nuestro Señor, a quien sirvió con tanta fidelidad en los pobres: confianza... Jesús...

Vicente fue proclamado santo en 1737.

En la actualidad, Vicente está siempre presente por medio de la acción de sus hijos y sus hijas. La llamita de amor y de servicio ha llegado hasta nosotros... ¡Y ha llegado incluso a China!



Hoy en día, en los cinco continentes, hay cerca de dos millones de personas que sirven a los pobres, tal como lo hizo san Vicente de Paúl: Sirviendo a los pobres, se sirve a Jesucristo. Hacedlo todo con amor.

